

Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.
Madrid y provincias, 16 rs. id.
Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

A los foranos.

Estando próximas las fiestas del Pilar, en cuyos dias se aprovechan los *cacos* de los descuidos de los bobos, con el objeto de evitarles los daños y perjuicios que pudiera ocasionarles su torpeza, le ha parecido á *El Duende* muy del caso dirigirles las prevenciones siguientes:

1.^a—Todo *forano*, en primer lugar, debe entrar en Zaragoza con el *tozuelo bien esquilado*, cuidando de que la *forana* que conduzca en ancas de su *badaje* lleve el moño de *picaporte* bien tieso, y untado con aceite, ó con manteca de cerdo, aunque esté algo rancia, para que reluzca el pelo.

2.^a—Los *foranos*, *foranas* y *foranillos*, aparecerán en el Coso formados en procesion, unos detrás de otros, mostrándose tan impasibles como sus *arres* á las estrépitosas aclamaciones con que acostumbran á saludarles los hijos de la ciudad.

3.^a—Una vez llegados á la posada donde vayan á parar, lo primero que deben hacer es asegurarse de que el bolsillo de *Viva mi dueño*, sujeto con ocho varas de *trenzaera*, y perfectamente arrebujaado en el pañuelo de yerbas, se encuentra sin novedad en el sitio en que le colocó al salir de su pueblo; ó sease encima del mismo ombligo, á guisade confortante.

4.^a—Terminada esta operacion, que debe hacer sin testigos estraños, el *forano* dará un buen *preonso* á su *abrio*; encerrará las alforjas, mantas y aparejos en el cuarto que tenga *logado*, y se atará la llave al ojal interno del calzon de *graveta*, ó á la *carrucha* de la *petrina* para mayor seguridad.

5.^a—Dispuestas así las cosas, y bien fajado con la banda desde las rodillas hasta los sobacos, el *forano* puede echarse á la calle, llevando en brazos al chico pequeño, y colgadas de la chaqueta á la madre del chi-

co, á la tia del chico, y á las hermanas del chico, con media docena de vecinas mas, todos enlazados por las manos formando una cadena.

6.^a—Los *foranos* no deben espantarse de nada, ni menos abrir la boca, aunque vean bailar á la Torre nueva, so pena de tragarse algun *merengue pollináceo*, que es lo menos malo que les pudiera acontecer.

7.^a—En las grandes apreturas, como las del Pilar, toros, teatros y cosmoramas, los *foranos* observarán entre los suyos el tacto riguroso de codos, cuidando de no deshacer la consabida cadena, aunque se descoynten los huesos.

8.^a—Todo *forano* tiene derecho á largar dos pares de pernadas de primera clase, desde el momento en que sienta, ó se le figure que le hacen cosquillas al rededor de la bolsa; por aquello de que vale mas prevenir que curar.

9.^a—El *forano* que se encuentre sin el bolsillo al tiempo de ir á pagar la entrada del teatro, ó de los toros, lo primero que debe hacer, en nuestro concepto, es sentir la pérdida del bolsillo; y en segundo, consolarse de no ver la funcion. Sin embargo, si el escamoteo fuere de diez *pezetas* en adelante, el robado puede estirar los brazos y las piernas en forma de X, y soltar las tres exclamaciones siguientes.—¡Af! ¡Of! ¡Uf!

10.—Las *foranas* son muy dueñas de bailar cuanto les dé la gana en los circos del Caballo Blanco y Negro, con tal de que no enseñen las *garras*, ni sacudan las pulgas en demasia.

11.—Ningun *forano* debe recibir la vuelta del duro que cambie, sin preguntar á todos los presentes si son buenas las monedas, que sonará contra una piedra, á mayor abundamiento, y sin repasar antes la cuenta, treinta y cinco veces por lo menos.

12 y última.—Las anteriores prevenciones pueden

reducirse á dos; á vivir tan avisado como mula de gitano, y á guardar la bolsa como guarda un hueso perro con hambre.

Etimología de los nombres.

Hacemos á veces ciertas cosas sin poder darnos cuenta del por qué obramos de aquella y no de otra manera. Así, cuando se bautiza á un niño, se le pone el primer nombre que pasa por la imaginación, con tal que no suene mal al oído y no tenga nada de ridículo; pero jamás se ocupa nadie de averiguar lo que significa. Debemos buscar en la raíz más griega posible la significación del nombre.

Acaba de aparecer una obra que nos suministra el significado de cada uno de estos.

Diremos siempre que el padre debe examinar la significación exacta del nombre que da á su hijo, así como el autor dramático ha de hacer un profundo examen de sus personajes, no bautizándoles á la ventura.

Gracias á esta famosa obra, hé aquí reseñada la significación de algunos nombres.

Cometemos un grave error llamando ARTURO á esos pollos insípidos y raquíticos, que hacen el amor á todas las mujeres, y á los cuales un marido, aperebido de sus tonterías, se encarga de grabar frecuentemente en sus costillas con caracteres indelebles una muestra de su superioridad. Arturo quiere decir *hombre fuerte*.

Tampoco conviene este nombre á los enamorados ó galanes de comedia.

Viene, sí, como de molde, á los mozos de cordel: estos son verdaderamente *hombres fuertes*.

El doctor Carracuca (del Congo) no podría llamarse APELES, que significa *nada negro*. Creo que no tendreis duda alguna; por mi parte os confieso que no la tengo.

El nombre más adecuado á los *caseros*, sería el de BERNARDO, que quiere decir *corazón de oso*. No tendría el más mínimo inconveniente en llamar así al dueño de la habitación que ocupo, sin temor de cometer una grosería.

CESAR, *el que tiene la cabeza adornada de cabellos*.

Todo el mundo puede llamarse así... á escepción de los calvos.

CRISPIN, *el que tiene el cabello enmarañado*. Creía que este nombre estaba destinado exclusivamente á los zapateros; pero ahora veo que conviene á todos los negros en general.

ESAU, *repleto*. Este nombre conviene á las diligencias en verano.

A los cafés en tiempo de lluvia, y más si es domingo.

A los teatros en idem, idem; esceptuando si es función buena y nueva; cosas ambas raras por cierto.

GERARDO, *el que tiene disposiciones divinas por las que puede ir al cielo*: pertenece de derecho á los aeronautas. En Francia han tenido dos muy célebres,

que su familia tuvo el buen acierto de bautizarles con este nombre.

FILEMON, *el que saluda*.—Es preciso ser muy atento y político para llevar este nombre; ningún portero debe llamarse Filemon.

ZEBEDEO, *el que tiene una herencia*.—Las madres deben abrir cada ojo tamaño como un plato para encontrar uno. Desgraciadamente ya no se llama Zebedeo más que á los perros... y aun!

Hasta ahora solo nos hemos ocupado de los hombres. Vamos á tratar de algunos nombres de mujeres.

Todos sabemos que AGATA quiere decir *buen*. ¿Son dignas muchas mujeres de llamarse así?

Lo dudamos.

No os caseis con una LEONOR: quiere decir *fecunda*.

El que se case con una de ellas tendrá lo menos doce hijos; y es preciso ser un Zebedeo para sostener tan numerosa familia.

¡Que contrasentido cometemos llamando á las novdrizas Antonias ó Franciscas!

Es EMA—*la que alimenta*—como debemos llamarlas: este nombre os parecerá quizá demasiado reumbante; pero no importa.

Concluimos aquí; sería muy largo examinar la obra por completo. Además ¿es verdaderamente útil conocer lo que significa cada uno de los nombres? Tal vez las revelaciones que hemos hecho sean la causa de serios disgustos.

El que haya pedido la mano de una joven esquivará el compromiso, con el pretexto de que su prometida se llama Leonor y que no puede casarse con una mujer tan fecunda.

Si, por desgracia, el dueño de mi habitación llegase á saber que no tendría inconveniente en llamarle Bernardo, se vengaría aumentándome el precio del alquiler.

Y el desdichado Zebedeo se arruinaría, contando para el porvenir con una fantástica herencia.

Calma chicha.

Estoy encerrado entre cuatro paredes.

Tengo apoyada la frente en mis manos; los codos en la mesa.

Oprimo mi cabeza que está seca cual esponja.

La pluma enmohecida descansa sobre el pupitre.

Las cuartillas de papel blancas, como la inocencia, parecen burlarse de mí.

Procuro buscar por todos los rincones de mi cerebro y....

¡Ni una idea!

¡Calma chicha!

Estoy perdido. *El Duende* tiene hambre, y no puedo ofrecerle ni el más detestable manjar.

—¡Una idea: una idea para un artículo!

Grito y nadie viene en mi auxilio.

Sin embargo, es preciso que escriba.

¿Contra quien tornaré mi mal humor?

Ah! ya dí con algo; contra tí, que lees este artículo sin que te haya costado doce miserables reales la suscripción á *El Duende*.

Odio al lector de mogollon.

¿Quieres, amantísimo suscriptor, que te diga cuál es el bicho peor que se conoce, despues de los mosquitos?

Pues es el qué, pudiendo suscribirse á un periódico, prefiere poner á contribucion al amigo, al vecino y... á cualquiera que esté suscrito.

Generalmente el que pide prestado *El Duende* acostumbra á ser tan poco atento que lo arranca de manos de su dueño, aun antes de que éste lo haya leído.

Generalmente no lo devuelve nunca; y es preciso mandarle cincuenta recados para que lo haga.

Sucede que el prójimo se cansa de estar suscrito á un periódico que todos leen menos él; y el lector de mogollon nos quita, además, un suscriptor con cuyo auxilio contábamos.

El lector de mogollon reniega furiosamente en el café porque no le presentan el periódico tan pronto como lo pide, y se incomoda mas furiosamente aun si otro espera á que él lo despache.

El lector de mogollon es nuestro mas encarnizado crítico: él es quien nos halla faltos de talento; nuestros artículos tontos y nuestras caricaturas incorrectas, amaneradas, sin gracia.

Por fortuna nuestra, nos tiene sin cuidado su opinion.

Vedlo lanzar sapos y culebras por aquella boca contra los que escriben hoy dia; y oíde decir con tono campanudo que la literatura está muerta en España, que las artes están en decadencia.

Frescas estarían la literatura y las artes si no contasen con otra ayuda que la tuya, lector gorrista.

Tú, que nos lees *gratis*, sirve al menos esta vez, de algo; sirve para que escriba estos renglones; tu humanidad puede hincharse, que al fin se vé en letras de molde; se vé fotografiada.

Critica, búrlate, perora, lector de gorra; pero acuérdate de qué, el erigirte en censor de nuestras obras, le cuesta doce reales al que te dejó el periódico; y procura, despues de leerlo y de triturarlo sin piedad, procura siquiera devolvérsele limpio.

Si acaso lo que llevo dicho te hace dar un respingo, tanto peor para tí: y ¡sabe que siempre la primera intencion es la mejor. Tu disgusto nos servirá de satisfaccion; y al fin, algo habrás pagado á *El Duende*.

—DG— Mi pesadilla.

(CONCLUSION.)

La ambicion te empuja en ese camino á cada momento mas penoso. En la maleza y espinos que le bordean vas dejando en girones el candor y las creencias de ayer. Has olvidado á la Salud, tu único sosten.

No puedes oír su voz porque está lejos de tí; y la

Muerte, que marcha siempre, alcanza á la retrasada que se fatiga.

Están en una misma línea, al lado tuyo.

La Salud agota sus últimas fuerzas para detener á su enemigo, para avanzarle en su camino. Pero, ¡ay..! tus pobres veinte años pasaron ya y están lejos de tí. La lucha es corta. La Muerte continúa marchando con seguro paso.

La Salud quiere volver á ganar el espacio perdido; pero tropieza y cae, lanzando su último grito de alarma, que no puedes oír, porque la ambicion, la codicia te hacen sordo.

* *

Yo quiero gloria, fortuna, poder, honores.

Apenas tienes en tus manos, siempre estendidas, estos juguetes, te sácias de ellos y los arrojas lejos de tí. Van á caer en tu pasado, que se aleja, cambiando de nombre: se llaman decepciones y recuerdos.

No vuelvas la cabeza, porque su multitud es compacta y te impedirá ver al encarnizado enemigo que llega, y al fatigado amigo que abandonas.

* *

El camino ofrece un nuevo aspecto. Es triste, árido, y su cuesta parece mas penosa á tu cansado paso. Al rededor de tí vagan siniestros compañeros.

—¿Quién sois vosotros?

—El dolor.

—El disgusto.

—La vejez.

Quieres dudar; pero tu mano que tiembla, tu encorvada espalda, tus rodillas que flaquean gritan para persuadirte.

No busques ya los latidos de tu corazon; tu vida está gastada; considérate muerto desde hace mucho tiempo.

—Pero yo tenia ayer veinte años! gritas sorprendido.

—¿Ayer, dices? Entonces cuenta.

Y por delante de tu admirada vista principian á desfilar los años tan prontamente pasados para tí.

Los unos vacíos ó alegres: los otros sembrados de tempestades y de dolores. Pero todos ellos con una fecha agradable ó amarga para precisar el tiempo que huyó.

* *

Entonces la vejez, con su helado soplo, enerva tu cabeza para que tus debilitados ojos puedan ver de mas cerca esa tierra que te ha alimentado, y que en breve deberá volver á pedirte la parte de arcilla que en otro tiempo te prestó.

Ya eres viejo; esto es, moroso, caprichudo, regañon.

Cierra tus oídos á los gritos de la juventud, de la que quieres rebajar el presente, con el mentiroso elogio de tu pasado.

* *

El egoismo tiene sus esperanzas. Confias en ser olvidado por la suerte y quieres continuar tu camino, asiéndote á ese porvenir al que pides sin cesar.



PROHICIONES.

Drama en 3 actos á 100 kilómetros.

El Tío.....—Casi, casi estoy de más.

El editor.....—Señor don Juan..... ¿cuando hacemos la segunda edicion de la peluca?

El otro tío.....—Initium sancti evangelii..... Eguilaz.

El amante.....—¿Quieren ustedes decirme qué me voy á matar?

La niña.....—Al fin me caso por que puedo.

NOTA. Los demás personajes son por innecesarios.

Por la misma razon debian omitirse nueve décimas partes del drama.

Lo único que te falta obtener te la da con maligna sonrisa.

—Toma: ahí la tienes: te dice.

Es la Esperiencia.

La coges con avidez para hacer neciamente un trofeo de ella.

A falta de otra, es una ventaja que te fatiga.

¿Gozarás de ella mucho tiempo?

No.

*

A tu primer paso hacia el porvenir, este desaparece.

Su niebla, que sigue ecultándose el camino, se disipa repentinamente, dejándote ver una fosa abierta bajo tus pies.

Entonces una mano helada se posa sobre tu espalda.

Te vuelves temblando: es la Muerte que te ha alcanzado.

Tu vida está gastada.

*

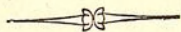
Sentí en aquel momento un agudo dolor y me desperté sobresaltado.

Miré al rededor de mi cama y vi á mi amigo Agustín de P. que me gritaba.

—Vamos, dormilon; el día es delicioso y el carruaje nos espera para llevarnos al campo. Deja el lecho y en marcha.

Le escuchaba estático y no volvía de mi asombro al contemplarme vuelto á la vida. Gritó de nuevo; me persuadí de la realidad; me levanté y le ofrecí contarle mi horroroso ensueño.

Lo he escrito; y en letras de molde ofrezco á él y á nuestros suscritores MI PESADILLA.



Yo no sé por qué, hay cierta clase de hombres que me cargan. Y no solamente me cargan á mí, si es que también á la humanidad entera. Que les peguen cuatro tiros, de perfil; hagan mis lectores una suscripcion con ese santo objeto.

Amadito, el cándido Amadito, con sus eternos lentes sobre una nariz fenomenal y sus bigotes á la rusa, grita cuando habla para que todos oigan las sandeces que pronuncia. Baila como un energúmeno y come como un Heliogábalo; para él no hay mujer honrada, ni artista notable, ni poeta regular. Fuma habanos de diez maravedises; monta pencos-buñuelos; dice que va al Casino; se da colorete, y habita en un palacio junto á la chimenea de mi casa. Cuatro tiros.

Don Bernardon, el que ayer se ganaba la vida jugando al palmo ó á la rayuela y vendiendo papel de Alcoy, se ha echado armas en las targetas; ha aumentado su barriga hasta el extremo de no verse las botas; habla en todas las lenguas, menos en la suya; pretende probarnos que tutea á Bravo Muriillo y á Kossut, y no hay quien le pueda mirar sin ofenderle. Otros cuatro tiros..... Calasparras, el zapatero de mi portal, habla de la inmortalidad del alma y de la canonizacion del Ebro, y de los forros-car-

riles, y de otros extremos. Hace las botas mecánicamente, y es el inventor, segun él asegura, de las hormas elásticas. Canta mejor que Tamberlik, (así lo dice él), y se dedica á dar lecciones de moral á las doncellas de la casa. Cuatro tiros y medio. Como estos tres, hay 3.000.000.000.000 en cada ciudad.

Ayer, un amigo mio, decia al ver pasar á Amadito y á don Bernardon:

—¿Qué doce necios!

—¿Cómo doce? le pregunté.

—Si, señor, doce. ¿No vé usted que uno de esos dos tontos vale por seis?

Y yo dije para concluir. Noventa y seis tiros.

Vale, Martinico.



Y sigue el sordo.

—¿Qué tal, don Cachipundio, como está esa salud?

—Recien alquilada. Mire usted, para los tiempos que corremos. . .

—Gracias: no hay de qué. Ya principiamos con los despropósitos.

—¿Sabe usted algo de nuevo?

—Poco: solo sé que han corrido las fuentes.

—Pues ¿qué; se escapaban? Y diga usted; ¿las han alcanzado?

—El hablar con usted es tiempo perdido.

—¿Qué se han perdido? ¡Que lástima! ¿Y como no las pregonan? ¿Como no las ponen en los periódicos?

—¡Anda! Pues no quiere poner. . . Hablemos de otra cosa. ¿Estuvo usted en el teatro? (*Gritando mucho.*)

—¿Por qué?

—Ha de saber usted que las compañías se han estrenado.

—Decía usted que se han estrellado?

—Pero, vecino, ¿cuándo concluye esa sordera?

—Será lo que yo quiera; pero tenga usted entendido que no le entiendo á usted; ¿Y qué tal son?

—Hombre, á mí me gustan.

—Me han dicho que hay artistas de mucho bulto.

—Algunos. . .

—Y que cantan claro.

—Así es.

—Entonces no tendrán pelos en la lengua, ¿Y qué dijo el público?

—Unos dieron la callada por respuesta; otros dijeron «bravo.»

—¿Pues cuando ha venido Bravo Muriillo?

—Si yo no hablaba de ese bravo.

—Ya: seria de Gonzalez. . .

—¿De quién, del cafetero?

—Hombre no; de Gonzalez Bravo.

—Pero señor, si no nos entendemos. Hablo de los bravos, como aplauso. Sabe usted que los españoles hemos adoptado el *bravo* italiano. . .

—Animas benditas. . . ¿Y qué dirá la Guardia civil? ¿Qué civilizacion! No espere usted que vaya al teatro entre asesinos.

- Vecino, ¿qué asesinos ni qué ocho cuartos?
- ¿Por ocho cuartos asesinan? No es caro.
- Dale, dale, (*gritando.*) No se trata de los *bravos* espadachines: hoy día no existe tal alimaña. Habla-
ba del *bravo* que se tributa al artista, cuando por
su mérito es digno de él.
- Aaaaaaaah! ah! ah!
- Ha abierto usted la boca al mismo tiempo que Gon-
zalez, de quien hablaba usted antes, su nuevo café.
- Entonces continuó con la boca abierta.
- ¿Por qué?
- De admiración.
- ¿Le gusta á usted?
- Mucho. ¿No tendría usted por ahí cuatro reales
para taparme la boca con algun refresco?
- Vuelvo.
- Decía usted. . .
- Que también soy sordo.
- ¡Lástima, hombre, lástima!

TEATRO.

Han dado principio á sus trabajos las compañías de declamación, ópera y baile, que deben actuar en nues-
tro coliseo durante la presente temporada.

Las obras puestas en escena son *Don Francisco de Quevedo*, *Adriana*, *Prohibiciones*, *El ángel custodio*,
La farsa, y la ópera *Rigoletto*.

De las obras dramáticas mencionadas, tres son cono-
cidas de este público, y diversas veces juzgadas por
la prensa zaragozana. *Prohibiciones* y *El ángel cus-
todio* se han representado por vez primera, obteniendo
ambas un éxito favorable. La primera, original del
señor Eguilaz, es muy poco conocida por haber fra-
casado en la Corte. No es nuestro ánimo hacer ahora
un juicio crítico de esta obra, ni nos lo permiten los
asuntos de que, en esta revista, queremos ocuparnos.
Oímos y aplaudimos en ella buenas situaciones, su
versificación fácil y correcta, y algunas escenas rebo-
sando interés. En cambio encontramos languidez, in-
verosimilitud, personajes innecesarios, exageración
en los caracteres, y ese escésivo afán de *sermonear*,
que es el flaco ó el fuerte de muchos de nuestros jó-
venes escritores. Hay una escena en la obra de que nos
ocupamos, la del conato de suicidio, que es magnífica
y que ella sola vale una reputación.

El ángel custodio es una comedia arreglada á nues-
tra escena por el distinguido autor de *El hombre de
mundo*, por el justamente célebre don Ventura de la
Vega, y está salpicada de esas gracias de buena ley,
que tan bien sabe aplicar este escritor, y de escenas
llenas de abnegación, de ternura y de interés. *El an-
gel custodio* ha sido aplaudida en Zaragoza como en
cuantos teatros se ha ejecutado.

Vamos á decir cuatro palabras acerca de los nuevos
artistas contratados.

La señora Duclós, es una actriz de hermosa figura

y de muchas facultades: viste con propiedad y lujo,
y—por lo que hasta ahora podemos juzgar—comprende
de lo que estudia y espresa lo que comprende. Encon-
tramos sus maneras un tanto descuidadas y que no dá
á su fisonomía toda la espresión de que es susceptible.
Gustó en *Don Francisco de Quevedo*, y fué llamada á
la escena y muy aplaudida en *Adriana*.

La señora Calmarino se presenta con inseguridad:
¿es en la indulgencia ó mas bien en la justicia del pú-
blico, ó es en los papeles que le han sido confiados? Si
lo primero hace mal; porque, aunque un tanto reser-
vados y tomándonos tiempo para juzgar, nuestros fa-
llos no son crueles, y mucho menos con actrices tan
lindas, tan simpáticas como la señora Calmarino, en
la que observamos deseo de agradar. Si lo segundo lo
sentiríamos por la apreciable artista y por nosotros,
que en la actual temporada habremos de ocuparnos tan-
tas veces de asuntos teatrales.

El Sr. Guerra es un actor inteligente, concienzudo,
que conoce, como decirse suele, donde le aprieta el
zapato; ó lo que es lo mismo, donde están marcados los
aplausos y el medio de arrancarlos aun al público mas
prevenido en contra suya. En *Don Francisco de Que-
vedo* no hizo mas que *pasar*: en *Adriana* gustó: en
Prohibiciones fué aplaudido y llamado á la escena, y
en *El Ángel Custodio* se presentó ya con confianza
desplegando sus buenas dotes y probándonos que es
uno de los poquísimos actores con que hoy cuenta la
escena española. Le pediremos, á fuer de imparciales,
que gesticule menos y que procure no añadir ni re-
petir versos ó palabras, que si bien prueban el anhelo
de asegurar el buen éxito, destruyen el efecto y ha-
cen daño particularmente á la versificación.

El Sr. Parreño es un excelente barba. A su her-
mosa figura, reúne una sonora voz, maneras finas y
naturales y un aplomo propio mas bien de un actor
encanecido en el ejercicio, que de un jóven que
cuenta poco mas de veinte años. Le auguramos jus-
tos y repetidos aplausos en la difícil carrera que ha
emprendido.

Los señores García (don Juan) y Aguirre son nuestros
antiguos conocidos, con algun mas aplomo; con los
conocimientos que dan los años y el continuo trabajo
cimentado en un buen estudio y constante aplicación.

Este es el juicio que hemos formado hasta hoy.
Si nos hemos equivocado, lo confesaremos francamente,
y escribiremos elogios ó reprimendas, segun cada ar-
tista se haga acreedor á ellos.

Siguió, como hemos dicho, *Rigoletto* á las obras
dramáticas ya mencionadas, y el conjunto en la ege-
cución agradó. Sin atrevernos á fijar el mérito, tim-
bre de voz, extensión etc. de cada uno de los cantan-
tes en el *debut* de la compañía, en la que alguna de
sus partes principales se presentó apenas llegada á
Zaragoza y convaleciente de una grave enfermedad,
diremos, no obstante, que son aceptables y han sido
en su estreno aceptados del público, cuya aprobación
marcó con repetidos aplausos.

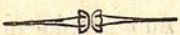
En especial el Sr. Morelli es un distinguido cantante, con hermosa, y estensa voz, con escelente método de canto y con buenas dotes de actor. De los demás artistas nos ocuparemos á medida que vayamos oyéndolos en las sucesivas representaciones.

Los coros numerosos y buenos. La orquesta considerablemente aumentada, digna de nuestro teatro y á cargo de un inteligente director.

La sala restaurada, vestidos de nuevo los palcos, y con nuevo alumbrado prueba la inteligencia de las personas á cuyo cargo ha estado confiado el arreglo. Con algo mas de luz la mejora será casi completa.

No concluiremos sin recomendar á la autoridad que corte en su origen el escándalo que nos hizo ruborizar por nuestra ciudad querida en la noche del domingo anterior. Unas cuantas personas, indignas de alternar con el sensato público, convirtió el teatro en una plaza de toros y obligó á nuestro celoso alcalde á subir al paraiso, acompañado de guardias municipales.

¿Qué idea formarán de nosotros los forasteros que pasen por Zaragoza y presencién escenas como la de que nos ocupamos? El célebre Dumas se afirmaría en su idea de que *Africa principia en los Pirineos*; y aun otros, que sean mas justos, mas verídicos, mas observadores que el citado novelista, no hablarán de nosotros ventajosamente. El público sensato merece que se le guarden las consideraciones que se le exigen y que él guarda, y no puede tolerar que unos cuantos... (por decoro nuestro no queremos darles su verdadero nombre) alteren el orden y conviertan en uno de tantos tómbolis la escuela de la moral y de las buenas costumbres. La autoridad, siempre que quiere, se hace respetar. *Quiera* pues, y haga por la fuerza lo que por voluntad, por deber, por decoro no quieren algunos hacer.



Chismes.

El Duende, desde hoy regalará un completo repertorio de chismografías á sus carísimos lectores.

El Duende cumplirá con su verdadera mision; y para estos chismes, que serán la gacetilla del periódico, procurará estar *autorizado competentemente*.

Tenemos correspondencia oculta con el Diablo doméstico; y de hoy mas no se romperá un plato en Zaragoza sin que podamos decir donde estan los pedazos.

Epístola.

El artículo de entrada de nuestro número anterior ha sido causa de un pronunciamiento entre las bellas de escoba y de estropajo. Por el pronto ha recibido *Martinico Ventosa*, por el correo interior, una larga epístola, que puede arder en un candil, en la que una barrientos justifica á su clase y pone como chupa de dómine al *amicio*, tirano implacable de las que se *humillan noblemente*, como dice muy bien nuestra heroína.

Para solaz de los lectores de *El Duende*; para probar nuestra reconocida imparcialidad; para desagravio

de las maritornes y, finalmente, para correctivo de los amos y amas de casa, es muy posible que insertemos la mencionada carta en nuestro próximo número. Ahora, entonces y siempre se mantiene *El Duende* en sus trece, y no cede ni en un ápice de cuanto publicó en su periódico del anterior domingo.

Malo, remalo, malísimo está el ramo de criadas; que ramo de zarzas, de espino, de aliagas y de ortigas es, segun lo que araña, pica, ensangrienta y escuece.

Qué quereis, hijas mias: sed MEJORES y se os tratará mejor.

Cuestion de pico.

Hoy debe tener lugar un banquete, con el que obsequian al alcalde don Simon Gimeno, sus dignos compañeros de ayuntamiento, por la feliz y pronta terminacion de la traída de aguas.

Celebramos la idea de solemnizar el agua con vino, y, aunque de lejos, brindamos con un pedazo de papel.

Señor don Simon,

usted es puntual;

el agua llegó

con felicidad.

Vino el agua con gran profusion,

á pesar, á pesar, á pesar

de la envidia de tanto moscon:

viva, viva el señor don Simon.

De bastidores.

Sentimos decirlo; pero el público habrá de tener paciencia, pues como se esperaba, no se ejecutará la *Norma* el 18 de agosto del presente año.

Se dice que la primera tiple se ha empeñado en que se le reparta la parte de *Oroveso* en dicha ópera.

El señor García ha reclamado tambien el papel de *Adalgisa* por ser de su cuerda.

La empresa, deseosa de conciliar todos los extremos, ha pedido á Estremadura una cuerda de escelentes chorizos, suponiendo (¡ah tunos!) que esta será la de todos...

Incluso el *Chismoso*.

Civilizacion.

Sabemos que todos los *granujas* de esta S. H. se han presentado al señor alcalde, prometiéndole *bajo palabra de honor*, no emprender á pedradas los jarrones que se están colocando en la calle de la Independencia.

Tienen razon.

Nos ha sido presentado un remitido, suscrito por todos los ciegos de Aragon, en el que censuran ágríamente el ruin proceder de algunos descontentadizos que se quejan de la falta de luz en el coliseo.

Editor responsable: MANUEL ALLUÉ
Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustín Peiro.—1862